

EL GENERAL Y LA TROPA

El tema de las élites y las masas ha sido siempre un tema delicado. Existe una comprensible propensión a tratarlo con las manos del corazón y no con las de la razón. Es natural que muchos lo evadan: sobre todo los políticos, y algunos estudiosos de las ciencias sociales. Durante la última presidencia de don José Figueres¹, un fogoso líder de izquierda tuvo la oportunidad de arengar frente a él a un grupo de campesinos en una zona que tradicionalmente había vivido tensiones sindicales y de tenencia de tierra. El líder de izquierda expresó con buena información a mano el porcentaje de la tierra costarricense que estaba en manos de los terratenientes. Una vez que terminó el orador, don Pepe tomó la palabra y le dijo: "Le voy a decir algo peor: el 100% de los violines pertenece a menos del uno por mil de los costarricenses".

El estudio de cualquier sociedad muestra siempre la estructura piramidal en la composición del poder. **"Nadie -expresó Bryce- que ha tenido algunos años de experiencia en la conducción de los asuntos legislativos o administrativos, puede haber dejado de observar qué pequeño es el número de personas que gobiernan el mundo"**. Esta realidad sociológica se da en toda organización: partidos políticos, sindicatos, empresas, organizaciones deportivas. En toda sociedad existe un círculo pequeño de personas cuya influencia y poder en la sociedad es muy alto, que está rodeado por varios círculos concéntricos que, conforme se ensanchan, lo forman grandes grupos de personas que muestran poco

¹ Costa Rica, 1974-1978

interés y conocimiento de los asuntos públicos.

La constatación de la realidad de las élites no conlleva la idea de que los que gobiernan son necesariamente los mejores. Jefferson hablaba de una aristocracia **artificial**, la de la sangre y el dinero, y de una aristocracia **natural**, la de la virtud y el talento.

Bien sabía que en la historia humana la aristocracia artificial casi siempre había detentado el poder, y la natural a menudo había sido ignorada o incomprendida o, peor aún, se le había cortado la cabeza cuando había osado hablar.

El estudio de las encuestas nos confirma que son muy pocas las personas que tienen un conocimiento más o menos riguroso de alguno de los principales problemas públicos de una sociedad. Esto es natural y comprensible. Hemos hablado en estas páginas de la penetrante realidad que señala que aún los espíritus selectos que poseen el interés, el tiempo y el talento para estudiar los asuntos públicos, llegan a saber poco de los mismos. No tiene sentido esperar que quienes, por sus ocupaciones y preocupaciones, vocaciones o intereses, se encuentran alejados de esos asuntos, dominen las cuestiones públicas.

Todo actividad humana más o menos compleja requiere una organización que la maneje. Nada puede construirse, administrarse, negociarse o planearse con algún grado de orden y eficiencia como resultado de la acción de una masa de personas. Aún las empresas humanas más involucrantes, como la guerra y las

campañas políticas, son manejadas por un puñado de hombres. Pocos asuntos ilustran mejor el tema de las élites y las masas que el político-electoral: un análisis de este fenómeno en cualquier país nos muestra que, a menudo, los muchos eligen después de que unos pocos escogen.